

Biblioteca-Films

AMORES DE NIÑA

Núm. 150

25 cts.



LAURA
LA PLANTE

PAT O'MALEY



BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:

Valencia, 234 - Teléf. 958 G.

AÑO III

BARCELONA

Núm. 15

APARECE TODOS LOS MARTES

:: REVISADO POR LA CENSURA PREVIA ::

Amores de niña

divertida novela según la de

A. MATHEUS y M. N. STANLEY

«UNIVERSAL JOYA»

EXCLUSIVA:

Hispano-Americán Films, S. A.

(UNIVERSAL FILMS)

Valencia, 239 — BARCELONA

REPARTO:

Jaime Mac Donald . . . **Prat O' Malley**
Ana Wyndham . . . **Laura La Plante**

REVISADO POR LA PREVIA CENSURA

A una velocidad moderada, el 32 Hispano-Suiza atravesaba el gran parque del Oeste y, por la Avenida Laffayette, se dirigía a la Quinta Avenida.

Los dos ocupantes del magnífico coche son una señora que aparenta tener veinticinco años, pero que pasa de los treinta, linda, coqueta y elegante, y un caballero joven también distinguido y elegante, que parece enamorada de su acompañante.

Ambos hablan en voz baja, pero no tanto que el chofer y su compañero, el lacayo, no se enteraran de su conversación. Estos se tocan con el codo, se miran maliciosamente y sonríen. El chofer dice en voz baja a su compañero:

—Ya está ese pelmazo declarándose otra vez a la señora...

—Y ella haciéndose la loca.

—Oye, oye, su conversación.

Y los dos servidores escucharon este diálogo:

—¡Por favor, Roberto, no hablemos de casamiento! Bastante trabajo voy a tener con educar a esa sobrina que me ha llovido del Cielo.

—Pero ¿qué vas a hacer tú con esa sobrina?

—Tengo la obligación moral de darle un hogar que nunca ha tenido.

—¿Estás cierta de que esa muchacha es sobrina tuya?

—Mi pobre hermano fué siempre una mala cabeza y yo debo enmendar todos sus pasados errores. Poco antes de morir, me contó la tragedia de su vida y me pidió que adoptara a esa hija suya, que ni siquiera conozco.

—Amiga mía, yo creo que esa sobrina no te impedirá atender mi petición.

—Vaya, dejémonos de casamientos y seamos buenos amigos.

Y mientras Margarita Wyndham—que tuvo la desgracia de encontrarse con unos cuantos milloneros al tener la suerte de quedarse viuda—, recibe la centésima declaración de amor de Roberto Lering, banquero, "clubsmán" y otras cosas más, su automóvil llega frente a su palacio de la Quinta Avenida.

Bajan Margarita y Roberto del coche, y éste, al ver acercarse a un caballero, anuncia a su amiga:

—Ahí viene Miguelito Caswell.

Este, elegantísimo, se acerca a Margarita.

—Margot, estás de un guapo subido que da el vértigo.

—Cállate—le dice Margarita—. Todas esas majaderías tuyas son la causa de vuestras peleas y de vuestros disgustos y las que van a arrastrar a tu mujer a una separación.

Penetran los personajes en el palacio de Margarita.

—Mira, Margot—le contestó Miguel Caswell—, la separación es casi un hecho. Luisa se va a Florida, sola, completamenté sola. Y si se empeña en obtener el divorcio, no seré yo, ciertamente, el que se oponga a él.

Una señora, que acaba de llegar oye las últimas palabras de Miguel Caswell.

—¿Qué tal, Luisa?

—Muy bien y tú...

—Ya ves, siempre rodeada de moseardones.

—Ya he oído, ya.

La recién llegada, Luisa de Caswell, una de esas mujeres celosas, que a fuerza de creerse que sus maridos son más conquistadores que Pizarro, acaban por hacérselo creer al propio interesado. Después que Luisa hubo saludado a Margarita, volviósse hacia Miguelito Caswell y con aire de reproche:

—Miguel, he oído tus últimas palabras y no tendría nada de particular que te diera gusto. Ya tendré tiempo de pensarlo, allá en Florida. Con que... ya lo sabes. ¡Adiós!

II

Todo viajero que se detuviera unas horas en Menonville-Empalme y tuviera la ocurrencia de comprar tabaco en el Hotel del Centro, corría el peligro de perder el enlace... y el resuello.

Lo más notable de la tienda de tabacos del citado hotel era la empleada Ana Wyndham.

Desde que quedó sola en el mundo, Ana Wyndham, tuvo que trabajar para poder vivir. Y allí estaba hacía dos años, despachando cigarros, cigarrillos y... calabazas.

Sí, calabazas, y al por mayor, porque Ana Wyndham—una muchacha lindísima, tan bella que es el vivo retrato de la famosa, por su belleza, artista de la pantalla, Laura La Plante—, recibía muchas declaraciones de amor de su numerosa clientela femenina; pero después de despacharles el género, despachaba también a los moscones que revoloteaban a su lado, zumbando a su oído palabras de amor.

Ana Wyndham acaba de despachar a uno de estos jóvenes que revoloteaban alrededor de la joven, como los mosquitos en torno de la

luz. En aquel momento se presenta un repartidor de telégrafos con un parte urgente.

—¿La señorita Ana Wyndham?

—Servidora.

—Un parte.

—¿Para mí?—inquirió extrañada la hermosa expendedora.

—Para la señorita Ana Wyndham.

—¿Quién se acordará de mí?—preguntó intrigada Ana tomando el telegrama. Tome unos centavos.

—Gracias.

La señorita Wyndham leyó:

Ana Wyndham. Hotel del Centro

Menonville-Empalme.

Legalizados documentos adopción, prepárate para salir sin falta tan pronto como recibas carta detallada que escribo hoy. Abrazos de tu tía

Margarita.

Después de leer este telegrama, Ana se puso a bailar el Charleston con tal regocijo que los que se paseaban por delante de la tienda creían que la niña se había vuelto tarumba.

Estas manifestaciones parecieron extemporáneas a Jaime Mac Donald que en aquel momento se presentó en el marco de la puerta...

Mas digamos antes que Mac Donald es un viajante de una fábrica de cigarros habanos legítimos... de Brooklyn. Tiene treinta y dos años y es un buen mozo, ¿guapo, feo?, ni feo ni guapo, sólo buen mozo.

Jaime Mac Donald no ha dejado nunca de incluir en sus itinerarios a Menonville-Empalme, pues aunque no haga notas de importancia, la expendedora del Hotel del Centro le tiene sorbido el seso.

Digamos también, en honor de la verdad y para poner en el justo medio la afirmación, que antes hicimos respecto al poco caso que Ana Wyndham hacía de los hombres, que Jaime Mac Donald era el único hombre que había hecho *tilín* en el corazón de Ana.

Al entrar Jaime en la tienda y ver a su amiga, mejor dicho, a su novia tan alegre, se quedó contemplándola sonriente.

—¡Bien, bien; veo, Ana, que tus asuntos van viento en popa!

—¡Caballero!—y Ana puso sus brazos en jarras fingiendo una seriedad que no sentía y dijo con énfasis:

—¡Se olvida usted de que está hablando con la distinguida señorita Wyndham, de la Quinta Avenida de Nueva York.

Jaime Mac Donald, al oír estas palabras pronunciadas con fingida seriedad, contestó:

—Ana, ¿quiere decir eso que me das el pasaporte?

—Demasiado sabes tú que no, tontín—contestó Ana desarrugando el entrecejo y haciendo comprender a su novio que se estaba bromeando—. ¿No comprendes que es una bromita?... Después que te he dicho tantas veces

que te quiero que te querré siempre... Siempre...

—Entonces eso de distinguida señorita Wyndham de la Quinta Avenida es una broma también...



Jaime se enteró del telegrama y quedó aterrado.

—No, eso ya no es broma... Lee.

Jaime se enteró del telegrama y quedó aterrado, entristecido.

—Pero ¿cómo es que no te alegras?

—Porque ya no te vas a acordar ni de mí estampa.

—Te juro no olvidarte nunca, nunca... Y para sellar este juramento... ¡Toma!

Y Ana se colgó al cuello de su novio y le besó en los labios.

—¿Cuándo te irás?

—Cuando reciba carta de mi tía, según dice el telegrama. Te advierto que no conozco a esta tía que me ha llovido del Cielo. Es una hermana de mi difunto padre.

—Yo tengo que volver hoy mismo a Nueva York. Cuando tú determines el día de tu partida me telegrafías avisándome tu llegada y te saldré a esperar a la estación... ¿Lo harás?

—Te prometo hacerlo.

—Bueno, adiós, Ana, que llega el rápido.

—Adiós, Jaime... Hasta Nueva York.

III

Ana llegaba a Nueva York en el mixto de las cuatro; pero como venía con retraso y Mac Donald esperaba en la estación desde las dos, nada de particular tenía que, tratándose de un mixto, ardiera de impaciencia.

También se hallaba en la estación Margarita Wyndham, acompañada, por supuesto, del

grupo de moscardones que constantemente le daban guardia de honor.

Margarita no conocía a su sobrina ni Ana a su tía. Por eso cuando llegó el tren, la gentil expendedora de tabacos de Menonville-Empalme al salir del andén no vió más que a Jaime Mac Donald, su novio. Apenas lo apercibió, corrió hacia él y le abrazó con gran efusión.

Margarita que vió a una joven tan linda dando públicamente aquellas muestras de afecto a un hombre, volvióse a sus acompañantes y les dijo en un tono despectivo:

—¡Qué ordinariez de gente!

Margarita Wyndham esperó que salieran todos los viajeros sin poder distinguir a su sobrina. ¡Claro! ¿Cómo iba a reconocerla sin haberla visto en su vida?

—Pues no ha venido — manifestó sencillamente a sus acompañantes.

Y volvió a su palacio en su magnífico 32 Hispano.

Ana, cuando hubo salido de la estación en compañía de su novio, dijo a éste:

—¡Dios mío!... Al fijarme en ti me he olvidado por completo de mi tía Margarita que debía esperarme a la salida.

—No te preocupes, querida—le contestó Jaime—, como tienes su dirección yo te acompañaré a su casa.

—Tienes razón,

Mac y Ana tomaron un taxi y dieron al conductor la dirección de la señora Wyndham.

Esta había llegado a su principesca mansión donde esperaban algunas de sus amistades deseosas de conocer a su sobrina. Estos manifestaron a Margarita:

—Sólo hemos venido a verte actuar en tu nuevo papel de tía y a que nos presentes a tu sobrina.

—Amigos míos, no sé lo que puede haber ocurrido; pero de lo que sí estoy segura es de que en este tren no venía ninguna señorita que tuviera las maneras o el aire de una Wyndham.

Apenas había Margarita pronunciado estas palabras, un criado anunció:

—¡La señorita Wyndham y el señor Mac Donald!

—Que entren, que entren—ordenó jubilosa la señora de la casa.

Penetraron Ana y su novio en el salón donde se hallaban Margarita y sus amistades. Ana, mordiendo el labio inferior hacía señales de admiración meneando la cabeza, fijándose más en la suntuosidad de la casa que en las personas presentes.

Margarita reconoció en aquella joven a la señorita ordinaria que en la estación abrazara al hombre que la acompañaba, y extrañada le preguntó:

—¿Tú eres Ana Wyndham?

—¿Si usted no manda otra cosa?... ¿Es usted mi tía?

—Sí, hija mía; yo soy tu tía... Ven que te abrace.

Ambas se abrazaron efusivamente. Y como Margarita mirase con extrañeza a su acompañante, Ana le presentó:

—Mi mejor camarada Jaime Mac Donald.

Con gran campechanez, impropia del rango de las personas y del lugar donde se hallaba, Jaime dijo:

—¡Lámeme Mac a secas, tía... Siendo la tía de Ana ya la considero como propia tía.

La señora Wyndham arrugó el entrecejo, avergonzada de que su sobrina se hiciese con personas tan ordinarias, y dirigiéndose a los presentes les presentó a su sobrina:

—Permitidme que os presente a mi sobrina Ana.

Cuando los presentes saludaron a la niña, ésta, muy sosamente no sabía qué decir, se contentaba de sonreír estúpidamente guiñando el ojo a su novio, como queriendo decirle: "¿Eh?... ¡Qué casa más linda!"

Alguno de los presentes queriendo evitar el feo que su sobrina hacía a Margarita, se excusaron para retirarse:

—Su sobrina debe estar muy cansada del viaje...

—Además tú, Margarita, desearás estar sola con tu sobrina.

—Señorita, tanto gusto...

—Anda, saluda a mis amistades, Anita, que se retiran.

—¿Ya?—manifestó la joven—. ¿A qué tanta prisa? Por mí ya se pueden quedar.

—Dispensadla, amigos míos...—dijo Margarita—. Se ve que viene del campo...

—Nno, no... Expendía tabaco en Menonville-Empalme.

La señora Wyndham enrojeció vivamente.

Todos quedaron extrañados de que la sobrina de una aristócrata de tantas campanillas como la Wyndham, tuviera una sobrina tan ordinaria y mal educada; por eso todos salieron de la casa, al despedirse, murmurando por lo bajo de aquella niña, tan linda, sí; pero tan poco hecha al ambiente en que debía vivir.

Cuando las visitas de la casa hubieron partido, la señora Wyndham, interrogó a su sobrina:

—Ahora que estamos solos, Anita, quisiera que me dijeras qué clase de amistad existe entre ti y el señor...

Y señaló a Mac Donald.

Este contestó con gran ordinareiz:

—Pues... verá usted. Yo soy el individuo que ha escogido la nena para que la acompañe eternamente tan pronto como cumpla los diez y ocho y el cura nos haya echado la bendición.

—¿Quiere decir que están ustedes prometidos?



—Nena, creo que tu tía tiene razón. No tengo derecho a ser un estorbo para ti.

—Sí, señora—afirmó Ana—, eso es... o cosa parecida.

—Como vi que se abrazaban en la estación.

—¡Ah, sí, tía!... ¡Nos abrazamos en todas partes!

—Eso no está bien, Anita. Como yo soy tutora legal tengo la intención de que Ana ocupe el puesto que por su rango le corresponde en sociedad...

—¡Eh!—clamó Jaime abriendo desmesuradamente la boca.

—Además—prosiguió Margarita—, Ana es todavía muy joven para pensar en el matrimonio y tengo la completa seguridad de que si usted la quiere de veras, no querrá ser un obstáculo para su felicidad futura...

—¡Ah!... Eso quiere decir que estorbo.

—Sí, señor; lo mejor es que se vaya...

—Bueno, bueno, me iré.

Jaime inclinó la cabeza y se dirigió a la puerta. Ana fué hacia él, entristecida.

—¡Jaime!—exclamó Anita con voz lastimera.

—Nena, creo que tu tía tiene razón. No tengo derecho a ser un estorbo para ti.

—No, Mac, no puedes irte de mi vida. Te tendré siempre en mi corazón y no te dejaré marchar nunca... ¿Me oyes?... ¡Nunca!

—Bueno... Ya volveré.

Y Jaime Mac Donald partió triste, después de dar un beso a su novia.

IV

Seis meses en un aristocrático internado han convertido a Ana Wyndham en una de las más bellas y distinguidas "debutantes" de la temporada social.

En sus modales Ana parece otra, pues un sello de distinción caracteriza su actual manera de ser. Ha olvidado sus antiguas costumbres; pero no ha podido olvidar a su novio.

Margarita constata con gran placer este cambio operado en su sobrina; pero se duele de que aun recuerde a aquel joven vulgar y pobre a quien entregara su corazón.

Así lo manifiesta Margarita ante su amigo y pretendiente Roberto Lering.

—Por más que he hecho, no he logrado quitarle de la cabeza ese noviazgo absurdo... Sin embargo, creo haber dado con el remedio infalible para curarla.

—¿Y ese remedio es?—preguntóle Roberto Lering.

—He invitado a ese Mac Donald a la fiesta de esta noche. Va a ser cosa de ver el desencanto que sufrirá mi pobre sobrina cuando lo

compare con un caballero de la buena sociedad. Entonces... ¡adiós su novela romántica!

—Oyeme, Margot, después de acabar con esa novela, ¿puedo esperar a que darás también fin a la nuestra casándote conmigo?

—¿De nuevo con esas tonterías?... Déjate de tonterías... Por ahora no pienso más que en dedicarme a mi sobrina.

Jaime Mac Donald recibió la perfumada invitación en que se suplicaba el traje de etiqueta y si bien su corazón saltó de gozo al pensar que, después de seis meses de separación podría volver a ver a su amada Anita, se entristeció al leer aquella línea final: *Se suplica el traje de smoking.*

¿De dónde iba a sacar él aquel traje?...

Mucho rato estuvo pensando en esto... Por fin, se dijo dándose un manotazo en la frente, como quien encuentra la solución a un problema: "¡Ya está, sí, lo alquilaré!"

Y una hora después Jaime Mac Donald se hallaba en una ropavejería, propiedad de un antiguo coronel de artillería retirado.

Se probó varios trajes de smoking, y por fin, alquiló uno; pero el ropavejero, un señor muy distinguido le dijo:

—Amigo mío, el traje le está que ni pintado; pero no tiene usted aire para llevarlo.

También te traigo un par de medias de seda que te regalo.



En la aristocrática mansión de Margarita Wyndham se celebra una de las fiestas de más campanillas de las que se suelen celebrar en la Quinta Avenida. Asisten a ella todo lo que representa algo en el mundo elegante en que se mueve la familia Wyndham.

El objeto de esta fiesta es presentar en sociedad a la lindísima sobrina de Margot, recién salida del Colegio.

Ante tía y sobrina desfilan los invitados y todos admiran la sin par belleza de aquella jovencita.

De pronto penetra en el salón Jaime Mac Donald. Su indumentaria y sus maneras groseras hacen sonrojar a Ana y reír a los invitados quienes critican la presencia entre ellos de aquel patán.

En uno de los bolsos, Jaime traía cinco o seis cuellos de repuesto. Ana le pregunta avergonzada:

—¿Qué traes ahí?

—Son cuellos de repuesto—responde él—; porque yo cuando bailo sudo lo mío... ¿Sabes? Hombre prevenido vale por dos. También te traigo un par de medias de seda que te regalo.

*Se inició el baile.

Jaime invitó a su novia a bailar y lo hizo de un modo tan grosero y tan poco en relación con el lugar en que estaba, que todas las parejas se fueron retirando a un extremo del salón y dejaron solos a Ana y a Jaime.

Fué tanta la vergüenza que se apoderó de la primera que se echó a llorar a lágrima viva.

Jaime Mac Donald comprendió el ridículo que hacía y se excusó a su amiga:

—Perdóname, Ana. No debí haber venido. Y así te hubiera evitado esa humillación. Ahora comprendo que tú perteneces a un mundo diferente del en que yo vivo... ¡Adiós!

Cuando la joven, avergonzada, corrida, cayó en brazos de su tía, sollozando, ésta la consoló:

—Ana, ha sido una crueldad, lo comprendo; pero no había más remedio. Era preciso que se te cayeran las escamas de los ojos y que te curaras para siempre. Vaya, no llores. Cualquiera de los cincuenta jóvenes que hay aquí esta noche son más recomendables que ese Mac Donald, que será todo lo bueno que tú quieras; pero que no es de tu clase. ¿Lo comprendes?

—Sí, tía, lo comprendo.

Por su parte, cuando Jaime Mac Donald fué a devolver su traje de una noche al prendero se condolió amargamente del mal papel que había hecho en la tertulia de la familia Wyndham.

El prendero le contestó:

—Amigo mío, no basta ser todo un caballero en el fondo. Para casarse con una mujer de sociedad, con una chica "bien", como ahora se dice, hay que ser más que nada un caba-

llero en la forma, en las maneras, en el lenguaje. Antes de la guerra, fuí también una figura de la mejor sociedad europea y sé también lo que es eso. Si tú quieres, muchacho, yo me encargo de darte ese lustre exterior que te falta, ese exterior indispensable.

—Con mucho gusto, porque yo amo a esa muchacha.

—Pero con una condición.

—¿Y es?

—Que no has de volver a ver ni a escribir a la interesada hasta que yo te lo diga.

—Conformes. Aceptado.

—¿Conformes?... Pues vaya hoy la primera lección.

Y aquel día el distinguido ropavejero se constituyó en profesor de buen tono de Jaime Mac Donald.

V

Anita tomó al pie de la letra la sentencia de su tía: coqueteaba con cuantos se le presentaban, solteros o casados.

Miguel Caswell vió en la sobrina de la señora Wyndham un juguete con que distraer su aburrimiento de viudo ocasional, mientras su esposa, Luisa, se hallaba en La Florida.

Sin que la tía lo supiera una noche salieron el disipado esposo de Luisa con la hermosa Anita y fueron a cenar a un "Cabaret" elegante, en donde el único que tiene buena reputación es el cocinero.

Cuando a altas horas de la noche, Miguel

Carwell acompañaba a la disipada sobrina a su casa, apercibió aquél el automóvil de su esposa, y para evitar que ésta le pescara con la linda muchacha, dijo a ésta:

—Anita, veo que nos sigue el auto de mi



Esta se vió obligada a volver a su casa en un carro de los que introducen la leche en la capital.

señora, así es que la voy a apear a usted aquí y dentro de un momento volveré por usted.

Y Anita descendió del automóvil, pero olvidó el monedero de oro de su tía que llevaba. Y se escondió tras un árbol, mientras Caswell partía. Mas un minuto más tarde el

coche de su mujer se le atravesó en su carrera.

Luisa subió al automóvil de su esposo.

—¡Qué sorpresa, Luisa!... ¡Me figuraba que estabas en Florida!

—Me entró una morriña espantosa, y unos descos enormes de verte, de estar a tu lado.

Luisa no abandonó a su esposo, quien no pudo volver a por Ana. Esta se vió precisada a volver a su casa en un carro de los que introducen la leche en la capital. Era ya bien entrada la mañana.

VI

A las seis de la tarde, después de la aventura de la noche anterior, aun le resultaba a Ana mucho más fácil dormir que dar explicaciones a su tía.

Por eso, cuando la doméstica entra en su dormitorio a aquella hora, Anita le pregunta:

—¿Aun no ha salido mi tía?...!

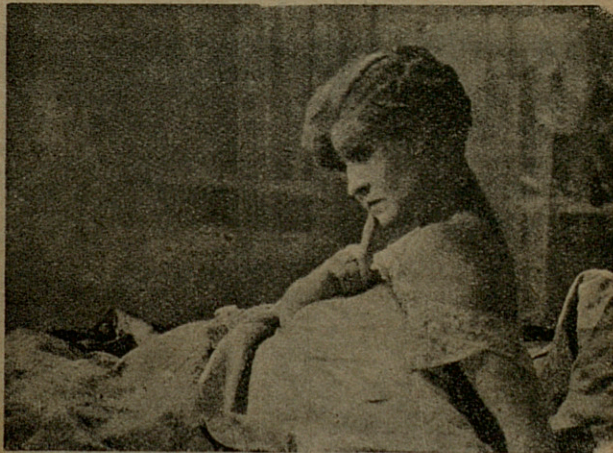
—No, señorita; está esperando que usted se levante.

—¿Si te pregunta por mí, no olvides de decirle que estoy durmiendo.

—Pero ¿hasta cuándo ha de dormir?

—Hasta que mi tía salga de casa.

Pero le valió el dormir, pues su tía Margarita penetró en el dormitorio de la chiquilla.



A las seis de la tarde aun resultaba a Ana mucho más fácil dormir que dar explicaciones a su tía.

—Oye, Anita—le preguntó—, ¿has visto mi bolso de oro?

Ana recordó entonces que aquel bolso lo había dejado olvidado en el coche donde regresaba con Miguel Caswell.

—No, no lo he visto... desde anoche.

—Ando loca buscándolo... Eseucha, nena,

sabes que es muy bonito, pero ¡muy bonito!, eso de salir de noche y volver a las mil y una...

—No, no, tía: a las seis.

—¿Y eso está bien?... ¿Dónde estuviste anoche?

—Mira... Salí un rato con Perry.

Perry es un hermano de Magdalena.

—¿Con tu tío?

—Sí, me pareció que iba a molestarle si no aceptaba su invitación... y por eso fui con él. Y me pareció que ibas a molestarte tú... y por eso no te lo dije.

—¿Eres una locuela!

Unos instantes más tarde, Ana telefonea a casa de Miguel Caswell:

—¿Miguel Caswell?... ¿Cómo dice usted?... ¿No está en casa el señor Caswell?... Era para preguntarle si halló ayer un bolso de oro... con las iniciales M. y W. ¿Lo tiene usted?... Pues ahora mismito voy por él.

Perry, el hermano de Margarita va a ver a su hermana de quien solicitó:

—He venido para invitar a Ana a cenar conmigo, si tú no ves inconveniente.

—Pues lo tengo, Perry, y muy grande. Esta noche, Ana no está visible para nadie y menos para ti.

—¿Y pues?

—¿Te parece bien tener a esa muchacha por ahí hasta las tantas de la madrugada, como anoche?

—¿Anoche?... ¡Si yo no salí con ella!

Y mientras los hermanos hablaban llegó Roberto Lering, el pretendiente de Margarita. Esta le dijo:

—¡Ah, Roberto! Tengo un miedo horrible de que Ana vaya por mal camino!... Me ha dicho que anoche salió con Perry y es mentira.

—Lo que le pasa a Ana—contestó Roberto—es que tú tienes demasiada tolerancia con ella. Déjame que le diga cuatro cosas y vas a ver. ¿Dónde está ahora?

—Arriba.

—Ven conmigo.

Fueron Margarita y Roberto al encuentro de Anita a la que hallaron bajando la escalera. Su tía la reprendió:

—¿Por qué me dijiste que anoche te acompañó Perry, no siendo verdad?

—Precisamente—contestó la sobrina—, estaba pensando que hice mal en engañarte y que debí decirte que con quien salí fué con éste... con Roberto.

Y Ana guiñó el ojo a Lering; mas éste no quería compromisos y sorprendido contestó extrañado:

—¿Conmigo?

—En realidad Roberto no quería acompañarme; pero, al fin, yo le convencí, prometiéndole que no te lo diría a ti.

—No la hagas caso, Margarita—se sinceró

Roberto—. Prepárate para salir y entretanto hablaré sinceramente con esta locuela.

—No, Roberto—contestó enfurruñada Margarita dando crédito a su sobrina—. ¡No salgo contigo! ¡Ana te ha descubierto!... ¡Puedes seguir saliendo con ella y continuar la larga conversación que tuvisteis anoche...

—Pero ¿tú crees...? ¡Si ni siquiera la vi!... ¡Estuve en una reunión de accionistas.

—Vaya, Roberto—insistió cínicamente Ana—no disimules... Eso fué la excusa que me dijiste ibas a dar a mi tía.

—¡Habrás visto qué cinismo!

—Dentro de todo—manifestó Margarita para molestar a su pretendiente—, siempre es un consuelo el saber que no saliste con Miguelito Caswell.

Se fué Margarita molestanda. Cuando Roberto Lering y Ana quedaron solos, éste dijo, enfadado a la primera:

—¡Me dan unas ganas de levantarte las faldas y de darte unos azotes como a una niña mal criada...!

—Me perdonas, ¿verdad, Robertito?... Pero tía está tan segura de ti que no se me ocurrió nada mejor que echarte el muerto.

VII

Luisa Caswell llega a casa de su amiga Margarita. La recibe Ana.

—Supongo que es usted la sobrina de Margarita... Yo soy la señora Caswell...

—Voy a llamar a mi tía.

Y mientras la tía se dirige al salón, la sobrina se dispone a ir a buscar el bolso de oro en poder de Miguel Caswell.

—¿Tú por aquí, Luisa?... Te creía en La Florida.

—No puedo detenerme ni un instante, Margot... Sólo he venido porque pensé que te interesaría saber que ya he descubierto quién es la otra... ¡mi rival!... ¡la amante de Miguel!

—¿Tú la conoces?... Pues no tengas piedad de ello.

—Toma—dijo secamente Luisa alargándole el bolso de oro que ella ha hallado en la habitación de su marido—, puedes conservarlo como un recuerdo de la amistad de mi marido.

Y sin decir más, y con aire despectivo, Lui-

sa salió de casa de Margarita Wyndham.

Esta comprendió que aquel bolso había sido llevado a casa de Miguelito por su sobrina. Quiso hablar con ella; pero los criados le dijeron que había salido y entonces Margarita hizo preparar el coche para salir a su vez.

VIII

—Señor, la señorita Wyndham ha telefonado; va a venir a recoger el bolso que dejó caer anoche en el coche del señor.

Al oír estas palabras Miguel Caswell se frotó las manos de gusto y ordenó a su doméstico:

—Dispón la mesa con dos cubiertos en el comedor de confianza.

Ana, en efecto, había salido para dirigirse a casa de Carwell; pero en el camino halló a Jaime Mac Donald y se entretuvo hablando con él.

Esto dió lugar a que su tía, que llevaba el mismo propósito, llegara antes que ella.

¡Extrañeza de Miguel Carwell al recibir la visita de la tía en vez de la sobrina!

Y mientras Margarita está echando en cara

al esposo de Luisa su villano proceder, Ana ha llegado a la puerta de la casa de los Carwell y dice a su novio:

—Espérate aquí hasta que salga.

Cuando llamaron a la puerta, Miguel ordena a Margarita:

—Señora, escóndase... allí, en aquel cuarto, pues llega mi esposa y pudiera creer...

¡Era Ana!... ¡Qué conflicto para Miguel! Apenas la señorita Wyndham había saludado a su compañero de la noche anterior, llega Luisa a la puerta de su casa y al ver el coche de Margarita a la puerta sonríe de rabia: va a sorprender a los amantes.

Entra sin llamar.

¡Oh, Ana!... Luego ya no es la tía sino la sobrina... ¿Qué lío es éste?

—¡Muy bien, Miguel!—clama colérica la mujer.

Pero la llegada de Roberto Lering que ya en busca de Ana, pues por referencias sabe que ha ido a casa de Miguel, desarma la lengua de Luisa.

—Ya te lo explicaré todo, Luisa... Esta señorita ha venido a buscar el bolso de su tía que ayer se dejaron olvidado cuando vinieron a visitarme con Roberto...

—¿Y ahora estabas solo con Ana?

—No—responde Margarita saliendo de su escondrijo—; yo he venido con ella... Todo ha sido un juego para corregirte de esos celos que padeces...

—Sí—afirmo Roberto—, todos nos hemos conjurado para... eso, para corregirle los celos...

—¿Es verdad, Miguelito?

—Tanta verdad como que te amo con toda mi alma.

Luisa cayó en brazos de su esposo; Margarita en los de Roberto...

Ana contemplaba esta escena por partida doble y preguntó:

—¿Y yo?

Sonó la campanilla... Entró en la sala Jaime Mac Donald que cansado de esperar desesperaba, y al verlo Ana se arrojó en sus brazos.

Un triple abrazo unió fuertemente a los Carwell y preparó las próximas bodas de Roberto con Margarita y Jaime con Ana.

FIN

Núm. 151 - **Biblioteca Films** - 19 Nobre.

La Prueba del Fuego

según la novela

EL MUNDO SIN FIN

de

MAY EDGINTON

estupendísima creación de los artistas

Blanche Sweett y Ronald Colman

Postal: *Jeanne de Balzac* **50 cénts.**

Núm. 152 - **Biblioteca Films** - 25 Nobre.

La Locura del Charleston

novela en donde la danza exótica
de movimientos alocados recibe
la consagración del cinematógrafo

por los célebres

Patsy Ruth Miller y Monte Blue

Postal: **Sessue Hayakawa** **25 cts.**



BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACÍA"



VOLUMENES A 25 CÉNTIMOS

Núm.	TÍTULO	Protagonista	Postal
2	No se fie de las apariencias.	Lil Dagover	M. Pickford.
5	¡Cuidado con la curva!	E. Chadwich	Lil Dagover.
6	El León de Venecia	Olaf Fjord	M. Bellamy.
8	Ensueño	Signoret	A. Rouane.
10	Las esposas de los pobres	B. La Marr	E. Chadwich
11	El Signo del Zorro	D. Fairbanks	D. Fairbanks
15	Las dos niñas de París	S. Milavanof	Mary-Douglas
18	Nathan el Sabio	Bella Muznay	Sandra y He.
19	La Huerfanita	Biscot	Dorothy Gie.
20	Clarita May	Bessie Love	Bessie Love.
22	Perdida y encontrada!	A. Moreno	A. Moreno.
26	Mandrin, caudillo de leyenda.	R. Joubé	R. Joubé.
27	El velo de la dicha	Sussie Vatta	C. Windsor.
28	Nellie, la bella modelo	C. Winsor	Mae Murray.
30	Como aman los hombres	B. Sweet	B. La Marr.
34	El Caballero de la Pesadilla.	Mosjoukine	Mosjoukine.
36	El regreso de Cyclone Smith.	Eddie Polo	Eddie Polo.
37	Dorothy Vernon	M. Pickford	M. Pickford.
38	La Ley de la Hospitalidad	Pamplinas	Pamplinas.
39	¡Viva el Rey!	Chiquilín	Chiquilín.
41	Locuras de juventud	Mary Carr	Mia May.
42	Historia de un dólar	Tom Moore	Tom Moore.
44	¡Velarás por tu hijo!	A. Baudin	André Rolane.
46	Amor que vence al amor	B. Compson	B. Compson.
47	Los tres Mosqueteros	D. Fairbanks	D. Fairbanks.
48	Tony	Tom Mix	S. Mason.
51	Vida de los artistas de cine.	J. Hill	W. Reid.
55	La gitana blanca	R. Meller	R. Meller.
56	La ingenua	Hella Moja	Hella Moja.
57	El Nueva York de antaño	M. Davies	M. Davies.
60	El casamiento de media noche	K. M. Donald	K. M. Donald.
61	El caballero valiente	Barthelmess	D. Mackaill.
62	La mujer inmortal	B. Compson	G. Walsh.
63	Mónica	F. Dhelia	F. Dhelia.
64	La modistilla	L. Taylor	P. O. Malley.
65	La novia del legionario	Charlia	M. Rosky.
66	Con el amor no se juega	L. Bernhard	L. Bernhard.
67	El Rey sin reino	R. Heribel	R. Heribel.
68	Grandeza de humildes	M. Prevost	M. Prevost.
69	Madre adorada	C. Dowel	R. Devirys.
70	El Santuario del Amor perdido	Conrad Nagel	S. Chaplin.
71	El Chico	Charlot	Lya de Putti.
72	La linda rubia	Mary Menti	E. Makouska.
73	La llama del genio	H. Hampton	H. Hampton.
74	Judex	R. Navarre	R. Navarre.
75	Nueva misión de Judex	R. Navarre	G. Biscot.
76	El mimado de la abuela	El	El.

(Continúa en el próximo número)

Servimos números sueltos previo envío del importe en sellos de correo.
Biblioteca Films - Valencia, 234 - Barcelona